

POESIA DE ESENCIA TROPICAL

El distinguido poeta, historiador y diplomático ecuatoriano D. José Rumazo, ha recogido en este volumen de 129 páginas (1) que nos ofrece la Editorial madrileña Afrodisio Aguado, S. A., nítidamente impreso, una selección de su producción poética correspondiente, en su mayor parte, al año 1932, según explica el mismo autor en breve nota.

La poesía de Rumazo entra de lleno en el campo de lo que se llamó movimiento de vanguardia, aunque su consistencia formal

trae, a veces, recuerdos de la música modernista. En efecto, casi todas las composiciones están escritas en alejandrinos sonoros, de tal manera que podría señalarse en Rumazo, como característica de su poesía, la musicalidad, junto con la riqueza verbal, con lo cual señalamos sus raíces tropicales.

En realidad, esta poesía de

"Raudal" es esencialmente tropical, en lo que este adjetivo tiene de significación telúrica. Rumazo canta esa naturaleza ardiente y magnífica del trópico cuya interpretación poética tiene que ser necesariamente colorista y musical, y para ello sabe emplear el ritmo y el adjetivo precisos sin caer en el retoricismo fácil y hueco. Su tropicalidad no le impide, sin embargo, al poeta claro que es Rumazo, hombre por lo demás de rigor y disciplina intelectuales que le prestan sus otras facetas de escritor, ofrecernos en cuartetas clásicas una poesía descarnada y hasta ascética, en el sentido religioso y estético de esta palabra. Así en los últimos poemas de su libro: "Tu sacra", "Llamada", "Antes del sueño", etc.

No pretendemos en este brevísimo comentario enjuiciar la poesía de Rumazo. Sólo podemos aquí dar noticia de la aparición en una Editorial española del libro de tan singular poeta ecuatoriano.—J. Y.

(1) JOSÉ RUMAZO: RAUDAL (poesía). Afrodisio Aguado, S. A. Madrid, 1949.

POESIA NATURAL DE AMERICA

Muchas veces nos hemos preguntado cuál sea la nota distintiva, el timbre peculiar de la poesía americana, de la poesía nacida en español, pero desde la tierra misma de América. Poesía, sí, desde la tierra: germinalmente hundida en ella y hecha voz desde lo más hondo de la vida. Poesía universalmente brotada desde un lugar bien determinado, y con su temple propio y natural.

Gracias a su genio, Rubén Darío supo y pudo arrancar a su misterioso instrumento lírico ese último son inconfundible: inconfundible, quiero decir, con lo europeo, e inconfundiblemente indio-español. Luego, a nuestro juicio, la poesía típica y universalmente americana se continúa y se concentra en dos o tres poetas—grandes poetas—más: César Vallejo, Gabriela Mistral, Pablo Neruda... Pero, por regla muy general, las influencias estéticas europeas, singularmente francesas, han continuado pesando tanto y tan pertinazmente en las nuevas generaciones hispanoamericanas, que apenas ha sido posible discernir, a través de la maraña verbal de un surrealismo trasplantado, el íntimo acento genuino, natural, de la lírica americana. Y por eso digo ahora, en un doble sentido, que la poesía del poeta dominicano Manuel del Cabral me parece profundamente natural: nativamente y naturalísimamente americana. Cabral ha reunido recientemente en un libro (1) su labor poética dispersa en libros diversos a lo largo de diecinueve años. No es posible ni hacerle seguir en esta reseña el proceso de crecimiento y evolución cronológica de su poesía hasta llegar a su grado actual de madurez y sencilla perfección. Pero como estimamos de importancia amplia y auténtica la aparición de esta obra, queremos al menos intentar fijar alguno de sus rasgos esenciales: singularmente, esa condición de lírica y humana naturalidad que su palabra tiene.

No siempre, desde luego. Los tiempos—versátiles, contradictorios, inseguros—que la poesía ha corrido durante los últimos años, han dejado, como era lógico, huella, y hasta honda cicatriz algunas veces, en la poesía de Manuel del Cabral y en la de todos sus contemporáneos, americanos o no. Cabral es, o parece, además, un poeta instintivo—también en esto natural—y sometido, por lo tanto, a vaivenes y desigualdades, que una mayor exigencia crítica se hubiera acaso cuidado de eliminar. Pero a pesar de todo, de su voluntario descuido y de los azares generales de la lírica moderna, la voz poética de Cabral ha podido y sabido cuajar en lo que se nos antoja el más natural—y espi-

(1) MANUEL DEL CABRAL: ANTOLOGIA TIERRA. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1949. 199 páginas.



ritual—modo expresivo de la presente poesía joven de Hispanoamérica. Con una juventud de cuarenta y dos años, Cabral canta hoy su verso más infantil, más seriamente infantil y verdadero. Voy a transcribir, a manera de ejemplo y para explicar brevemente mi pensamiento, algunas estrofas rápidamente entresacadas de su obra. En la segunda parte—Trópico Negro—de las cinco en que divide su Antología, inserta Cabral varios poemas sobre el negro, claro se está que sobre el negro de las Antillas. Uno de ellos, "Negro sin risa", comienza así:

*Negro triste, tan triste  
que en cualquier gesto tuyo puedo encontrar el mundo.*

*Tú que vives tan cerca del hombre sin el hombre,  
una sonrisa tuya me servirá de agua  
para lavar la vida, que casi no se puede  
lavar en otra sosa.*

A continuación traslado íntegramente, a favor de su brevedad, otro poema de la misma serie: "Negro manso":

*Negro manso,  
ni siquiera  
tienes la inutilidad  
de los charcos con cielo.*

*Sólo  
con tu sonrisa rebelde  
sobre tu dolor,  
como un lirio valiente que crece  
sobre la tierra del pantano.*

*Sin embargo,  
negro manso,  
negro quieto;  
hoy la voz de la tierra te sale por los ojos  
(tus ojos que hacen ruido cuando sufren).*

Estas composiciones, y la serie de poemas o cartas de Manuel, en las que el poeta conversa y dialoga humanísimamente consigo mismo, constituyen para mi gusto lo mejor de este libro, y lo mejor, o de lo mejor,

entre la total poesía americana que hoy bordea la madurez. ¿En qué estriba el secreto, la ternura de esta poesía tan sencilla, tan natural, tan hablada, tan poco deformada por la literatura escrita, tan humanamente desnuda? Contestar a esta pregunta no es fácil y nos llevaría ahora demasiado lejos. Pero lo que sí es posible decir, es que, en sus momentos más altos, la poesía de Manuel del Cabral brota, mansa y directamente de la vida, fluye desde la entraña del recuerdo

y se alimenta en la contemplación y trato de las cosas cotidianas, hechas a nuestra ternura y a nuestra inalienable soledad de hombres.

Tal es, simplemente apuntado, el valor más íntimo y delicado de esta poesía, rica toda ella en canción. La extensión de este artículo nos fuerza a silenciar, casi por entero, el magnífico intento épico-lírico de Manuel del Cabral. Su criollo Compadre Mon, símbolo popular de la patria dominicana, tan mezclado de continuos aciertos expresivos como repleto de humanidad, exigiría capítulo aparte. Se trata además de un poema en crecimiento, inacabado todavía y enriquecido, diariamente enriquecido desde la voz más nueva de su creador. Su Carta a Compadre Mon, uno de los poemas más logrados imaginativamente de este libro, pertenece ya a la época última del poeta y enlaza visiblemente con el aliento y el tono de la poesía más natural de esta espléndida obra, que introduce en España por primera vez el fruto bien granado de uno de los poetas americanos que mejor han expresado hasta ahora la esencia de su tierra nativa.—L. P.

de Manuel, en las que el poeta conversa y dialoga humanísimamente consigo mismo, constituyen para mi gusto lo mejor de este libro, y lo mejor, o de lo mejor,

entre la total poesía americana que hoy bordea la madurez. ¿En qué estriba el secreto, la ternura de esta poesía tan sencilla, tan natural, tan hablada, tan poco deformada por la literatura escrita, tan humanamente desnuda? Contestar a esta pregunta no es fácil y nos llevaría ahora demasiado lejos. Pero lo que sí es posible decir, es que, en sus momentos más altos, la poesía de Manuel del Cabral brota, mansa y directamente de la vida, fluye desde la entraña del recuerdo

y se alimenta en la contemplación y trato de las cosas cotidianas, hechas a nuestra ternura y a nuestra inalienable soledad de hombres.

Tal es, simplemente apuntado, el valor más íntimo y delicado de esta poesía, rica toda ella en canción. La extensión de este artículo nos fuerza a silenciar, casi por entero, el magnífico intento épico-lírico de Manuel del Cabral. Su criollo Compadre Mon, símbolo popular de la patria dominicana, tan mezclado de continuos aciertos expresivos como repleto de humanidad, exigiría capítulo aparte. Se trata además de un poema en crecimiento, inacabado todavía y enriquecido, diariamente enriquecido desde la voz más nueva de su creador. Su Carta a Compadre Mon, uno de los poemas más logrados imaginativamente de este libro, pertenece ya a la época última del poeta y enlaza visiblemente con el aliento y el tono de la poesía más natural de esta espléndida obra, que introduce en España por primera vez el fruto bien granado de uno de los poetas americanos que mejor han expresado hasta ahora la esencia de su tierra nativa.—L. P.

de Manuel, en las que el poeta conversa y dialoga humanísimamente consigo mismo, constituyen para mi gusto lo mejor de este libro, y lo mejor, o de lo mejor,

entre la total poesía americana que hoy bordea la madurez. ¿En qué estriba el secreto, la ternura de esta poesía tan sencilla, tan natural, tan hablada, tan poco deformada por la literatura escrita, tan humanamente desnuda? Contestar a esta pregunta no es fácil y nos llevaría ahora demasiado lejos. Pero lo que sí es posible decir, es que, en sus momentos más altos, la poesía de Manuel del Cabral brota, mansa y directamente de la vida, fluye desde la entraña del recuerdo

(1) ALFONSO JUNCO: INQUISICION SOBRE LA INQUISICION. Editorial Jus. México, 1949.

nos lo ofrece ampliado y desarrollado como fruto de sus personales investigaciones, haciendo un estudio preliminar sobre los antecedentes políticos y religiosos de la Inquisición. Trata en subsiguientes capítulos de la calidad de los sujetos y de los delitos perseguidos por el Tribunal, así como de los procedimientos de juicio y de los castigos, y analiza luego las falsificaciones de los fabuladores de la leyenda negra y el testimonio de personajes de la época.

En un estilo directo y con dialéctica firme e irrefutable, va desbaratando Junco, a través de las 300 páginas de su libro, todos los prejuicios y falsedades acumulados contra un Tribunal político que prestó a España y a la Cristiandad servicios inapreciables en orden a mantener intacta la unidad nacional española y a proteger, en lo posible, la unidad religiosa de los pueblos cristianos, conservando la ortodoxia fundamen-

tal de la nación imperial, que era el brazo secular de esa Cristiandad.

Se refiere también Junco a la Inquisición en América, ya que también allí se extendió la leyenda antiespañola sobre ella, a pesar de que fué precisamente en América donde se demostró más claramente la justicia y la pureza del Santo Tribunal, al colocar a los indios fuera de su jurisdicción por la simple consideración moral de ser "flacos en la fe".

Con "Inquisición sobre la Inquisición", ofrece Junco un valioso aporte más a su ya extensa obra polémica en defensa de nuestras esencias y tradiciones hispánicas.—J. Y.

VIDA DE LA AVELLANEDA

España y Cuba se disputan en las antologías—con igual derecho a mi juicio—a la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y no me refiero, claro es, al derecho jurídico de nacionalidad (puesto que Cuba era española entonces), sino al derecho espiritual y poético de personalidad, que en el caso de la Avellaneda participa por su nacimiento, infancia y juventud (factores los dos últimos verdaderamente decisivos en la formación del alma y, por consecuencia, en

su posible expresión lírica) de la tierra cubana, mientras que por su madurez, y por el resto, casi íntegro, de su existencia se enlaza profundamente a la realidad española.

Doña Mercedes Ballesteros ha acertado, pues, plenamente en la elección de la figura, y ha escrito una biografía (1) noble, sencilla y muy femenina, de la gran romántica antillana e hispánica. Pocas vidas, en efecto, habrán sido vividas con romanticismo tan sincero, ardiente e impetuoso, como esta que hoy nos relata Mercedes Ballesteros. Desde su adolescencia colonial en Puerto Príncipe hasta su melancólica muerte en el Madrid olvidadizo de siempre, y a través de sus amores (de sus muchos amores) apasionados y desgraciados, y de sus triunfos sociales y literarios, la vida entera de Tula Avellaneda (así la apellidaba familiarmente el Madrid de mediados del XIX) parece derechamente

una de nuestras más ricas tradiciones artísticas?

Don Nicolás González Ruiz estudia hoy (1) los últimos veinte años de este lento desmoronamiento español; aquellos años que precisamente todos hemos vivido; aquellas obras y aquellos autores que hemos visto desfilar todos de cerca, y que ahora, contemplados en su conjunto y ordenados dentro de su justa perspectiva histórica, adquieren una como nueva personalidad y exacta proporción, gracias a la sencillez, agudeza y claridad con que son tratados en las páginas de este sustancioso opúsculo. Su lectura ayudará eficazmente a comprender el estado actual de nuestra producción dramática y planteará a muchos la urgencia y la posibilidad de buscar una salida a ese estado. Los análisis—rápidos y necesariamente esbozados—que el señor González Ruiz hace de los dramaturgos contemporáneos, son constantemente atinadísimos, y los juicios que le merecen, objetivos y paladinos, sin que la proximidad, tan difícil siempre, de tiempo y personas merme o suprima en ningún momento la libertad crítica o diluya la penetrante gravedad de las opiniones. En una época como la nuestra (de tan tímida imparcialidad, generalmente), la noble, justiciera y destrabada serenidad del señor González Ruiz, legítima de nuevo los mejores usos intelectuales de la crítica dramática española.—L. P.

(1) MERCEDES BALLESTEROS: VIDA DE LA AVELLANEDA. Colección "Hombres e Ideas", Ediciones "Cultura Hispánica", Madrid, 1949, 134 páginas

guiada por la fatalidad de un destino infausto. Si algunas veces pecan los poetas románticos, o románticoburgueses de insinceridad lírica o de exageración manifiesta en la expresión de sus sufrimientos y en la proclamación vehemente de sus angustias y tribulaciones, no será precisamente en este caso. Nada explica mejor los amargos y dolidos versos de la Avellaneda como su propia biografía; y ambas cosas se corresponden (como quizá deba de ser) hasta el último detalle y, como si dijéramos, al pie de la letra.

Mercedes Ballesteros acierta en cambio exquisitamente en el tono expositivo de su narración y en la elección de sus medios expresivos: muy femeninos, muy hogareños, limpidos y levemente irónicos, aunque en simpatía constante y total con la protagonista, acaso demasiado humana, de su obra.—L. P.

VEINTE AÑOS DE TEATRO ESPAÑOL

España e Inglaterra son, indudablemente, los dos únicos países europeos creadores de un auténtico teatro nacional: de una fórmula dramática inédita, brotada popular y poéticamente de la entraña misma de la raza. ¿Cómo ha sido posible entonces la larga degeneración y ruina de nuestra es-

cena? ¿Cuál ha sido la causa de este hondo proceso de esterilidad y caducidad, en el que sólo de vez en cuando —en un Zorrilla, en un Benavente, en un García Lorca, pongamos por ejemplo—ha parecido renacer y re-  
pristinarse una de nuestras más ricas tradiciones artísticas?

Don Nicolás González Ruiz estudia hoy (1) los últimos veinte años de este lento desmoronamiento español; aquellos años que precisamente todos hemos vivido; aquellas obras y aquellos autores que hemos visto desfilar todos de cerca, y que ahora, contemplados en su conjunto y ordenados dentro de su justa perspectiva histórica, adquieren una como nueva personalidad y exacta proporción, gracias a la sencillez, agudeza y claridad con que son tratados en las páginas de este sustancioso opúsculo. Su lectura ayudará eficazmente a comprender el estado actual de nuestra producción dramática y planteará a muchos la urgencia y la posibilidad de buscar una salida a ese estado. Los análisis—rápidos y necesariamente esbozados—que el señor González Ruiz hace de los dramaturgos contemporáneos, son constantemente atinadísimos, y los juicios que le merecen, objetivos y paladinos, sin que la proximidad, tan difícil siempre, de tiempo y personas merme o suprima en ningún momento la libertad crítica o diluya la penetrante gravedad de las opiniones. En una época como la nuestra (de tan tímida imparcialidad, generalmente), la noble, justiciera y destrabada serenidad del señor González Ruiz, legítima de nuevo los mejores usos intelectuales de la crítica dramática española.—L. P.

(1) NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ: LA CULTURA ESPAÑOLA EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS: EL TEATRO. Instituto de Cultura Hispánica, Colección "Hombres e Ideas", 1949.